

Relatos Finalistas I

martes, 22 de mayo de 2007

{tab=Caleidoscopio}

Autora: Isabel Ali

Nacionalidad: Argentina

Una niebla sulfurosa baila sobre el horizonte. El silencio escala los árboles cuajados de rocío y despunta la lanza de la noche vieja. Umbrosa y arácnida, Ángeles camina hacia la casa con la sensación nauseosa de resbalar por un espiral. Siente que el vértigo es un estado magnífico, en el cual el fin se ve desde el inicio y el tramo entre la cumbre y la profundidad se agiganta y empequeñece, cíclica y continuamente. Sobre la cima, las piernas se tensan buscando afirmarse, atezados los pies como garras; medio cuerpo se adelgaza y se eleva hacia las alturas más exageradas; algo se desmiembra... pero es hermoso desmembrarse.

La puerta cede bajo la mano lívida, chirriando como si se quejara de ser manipulada.

-Un tajo- reflexiona Ángeles. Un tajo limpio perpetrado en el músculo de la casa.

-Mi mano es la mano enguantada del cirujano, la llave es el escalpelo, la casa es un cuerpo relleno de vísceras calientes... ¡Enfermera! ¡Drene la abertura mientras entro!- sonrío ante su propia orden murmurada y efímera. No es broma, nada es broma en la sonrisa frígida. Se toca las comisuras de la boca. Le duelen las mejillas de sonreír tras no haber sonreído durante tanto tiempo. Sube las escaleras guiada por el pasamano.

-No caer, no caer... - canturrea procurando no mirar el suelo.

El suelo es peligroso para Ángeles. Cuando lo mira, los ojos dormidos de la nuca se le despiertan. Los ojos de su nuca no avistan hacia delante. Son caleidoscopios que proyectan figurillas sobre las realidades. Allí, sobre la alfombra roja, tallarían hexágonos de cristal verde, un verde vidrioso y terso... Los escalones se ablandarían bajo la lente del caleidoscopio y serían dunas doradas. Los ojos de la nuca son caprichosos y hechiceros, ninguna voluntad puede contra ellos. Todo se transforma bajo su poder cilíndrico y agudo.

Otra puerta. No es necesario recurrir al bisturí, la mano afilada de cirujano basta para descorder este telón de carne y desgarrar el organismo interno de la casa. La lengua se le pone amarga. Como si la bilis se le asomara a la garganta.

-No puede ser. Mi estómago es de seda azul, se mueve inmerso en el vientre como si buceara. Un vientre así no tiene bilis. - espanta las ideas abanicando la nada. Ella sabe que, dentro de sí, sólo flota un globo azul de seda en un lago transparente. El aceite es demasiado espeso para el vaivén que la posee.

-Glicerina, eso es... - glicerina traslúcida en el lago, pero el sabor es amargo y áspero.

Ve la cómoda y pierde los pensamientos por ese agujero que se le recrea en el cerebro cada tanto. Abre los cajones, palpa entre las ropas y un ligero aroma de alcanfor se levanta ante sus narices. Los dedos se mueven impúdicos entre los pliegues de camisonos y enaguas.

-Histerectomía.- dice seriamente, mientras arroja calzones hacia la izquierda.

Un corsé cae a la derecha:

-Mastectomía.

-Tomía, tomía... – insiste automática, revoleando camisetas. Hasta que una de sus uñas choca contra el guardapelo provocando el sonido de un mejillón que se abre.

Se arrodilla en el suelo, cuidando de no mirarlo. Si los ojos de la nuca se abrieran ahora, se arruinaría todo. El guardapelo se convertiría en un limón cortado al medio, jugoso y agrio, con veinte semillas nacaradas.

-Rebelión, rebelión. – imagina la voz ácida y escuálida de la ronda de semillas.

Inmediatamente se desdice.

-No, no cantarán rebeldía... Cantarán “allez, enfants de la patrie...” Y entonces no podré exprimir el limón ni abrir el guardapelo, porque “allez, enfants de la patrie” con violines sollozados en cada letra, me atormentará el corazón de dignidad. – suspira emocionada – Jamás me atreveré a acallar a las semillas y todo mi esfuerzo por llegar hasta aquí se habrá perdido...

Por eso mira, con fijeza criminal, el guardapelo y el dolor en el alma se le profundiza. Pero se consuela a sí misma aseverando que el dolor profundo es grandioso, es saber que está viva... quebrarse sin ruido... sufrir sin clamores...

Se acerca al espejo. Parece un junco moreno, la cara gris con la mirada hundida en los cuencos impávidos del reflejo.

Rescata del guardapelo un manojo de cabellos rubios como espigas y delicados como un recuerdo. Uno por uno los cuenta y recuenta antes de buscar y empuñar la aguja que guarda en el bolsillo. Frente al espejo se desnuda y comienza a sembrar los pelos en sus senos. Clava la aguja y la remueve en círculos hasta ensanchar el orificio. Al retirarla, un hilillo de sangre le recorre el pecho aglutinándose. Mete la punta del tallo amarillo y lo entierra, apisonando la piel con sus dedos de sembrador - cirujano hasta que todos los esquejes han sido embutidos y su busto parece un tragal arrasado. Por la claraboya, entra el sol encarnado del amanecer y traza siluetas que se mueven astutas y sigilosas por encima de la cama.

-Floreceás... – susurra.

Se recuesta sobre el acolchado con verdadero cansancio. No dormirá. Resistirá porque elige la belleza de tener sueño y no dormir, tan magnífica como tener sed y no beber. Para ella las necesidades son improductivas y las ignora. Sólo el dolor traspasa lo concreto y se instala embelleciendo la vida.

Los ojos de la nuca se le abren contra el techo. El techo es un suelo desubicado que pone en funcionamiento el caleidoscopio. Los muros se trozan en daditos anaranjados que se superponen, abriendo paso al lienzo musgoso y

húmedo de la agonía. En la calle, alguien cruza la acera sin prestar atención a la puerta entreabierta. Ángeles resopla su último aliento:

-Enfermera, suture... No quiero que la casa se desangre...

{tab=Amor prohibido}

Autora: Zara Patricia Mora Vázquez

Nacionalidad: España

Reaviva el fuego el señor de las moscas, reaviva el fuego la verdad, y es que decir que no soy nada sin él reconoce mi pacto de lujuria.

Todo sucedió una noche de matiz eterno, en la que las verdades dolían demasiado, y mi pasado era sin duda, la tempestad de la que yo me quería alejar, a la que yo me atrevía a odiar.

Debería contar esta historia desde un principio al menos en honor a la verdad, mi nombre es Hurí, y vengo de Rumania, donde las historias en torno a engendros deformes, lobos y vampiros son abundantes, mi cuerpo, hoy por hoy, ya no es de este mundo, mi alma si lo era, pero al menos conservo mi memoria, dura mi memoria, errantes mis recuerdos. Por aquellos días, en que renuncié a mi espíritu, se solía hablar de la verdad eterna de vida, que llevaban las novias de Satán.

La noche que hice el pacto la recordaré siempre.

Cada noche cada día rememoraba el odio, la angustia, y percibía el miedo de mi pueblo. Él se llamaba Nikita y era un muchacho de ojos grises, que iba repartiendo dracmas por la tasca, en la que yo trabajaba, su aspecto elegante y su porte iluminaba mis parcos ojos verdes, me preguntó que solía hacer después del cierre yo le conteste que como las muchachas de buena reputación volvía con mis padres, sin embargo aquello era una gran mentira, mi familia murió, cuando yo tenía solo siete años. Me dijo que quería conocerme, yo me negué rotundamente, no quería que pensara que era una de aquellas meseras que no sabían contenerse ante un hombre guapo, el color de su pelo denotaba misterio, un negro azulado que iluminaba sus facciones. No pude resistir la posibilidad de tener algo con él. Y lo cite en el bosque al atardecer, cerca del obelisco de los diez deseos, allí me encontraría con él.

Llego la hora del encuentro y su pelo aterciopelado contaminaba mis ideas, llegó a lomos de un caballo negro, me cogió la mano y con un abrecartas me quito la ropa luego de regar aquel obelisco con mi sangre pronuncio las palabras "hominis necat, etiam mulier necat" "el hombre muera la mujer también.

Poco a poco, y mientras mis manos lo rodeaban, mi cuerpo iba transgrediendo este mundo, mi piel ya no era mi piel, su piel era para mi y todo los conceptos de virtud y castidad se perdían ante lo que yo creía amor verdadero. Pasaban los minutos y las horas pero aquel muchacho, ya no parecía aquel, no me daba terror, no me sugería miedo, pero el iba cambiando a la par mía, sus manos evolucionaban a garras sus ojos ya eran los de un halcón, su piel estaba rodeada por plumas cobrizas, y poco a poco me iba transformando, rodeada por el manto inigualable de su perfidez, mis manos ahora eran garras y yo no era yo.

, ¿Que hacía en que tornaba aquel deseo? , cuando desperté estaba sola, quise ver mi reflejo en el lago era una criatura diabólica Salí corriendo de la impresión cuando de pronto me caí en el fondo de aquel lago, mientras me hundía una voz me decía: recuerda tu pacto de amor, un halcón me sacó del lago y me dijo: novia de Satán únete otra vez a mi y quédate en el bosque, jamás recobraras tu apariencia, somos los siervos de Satán.

Ya solo conservas la poca conciencia humana, de tu cuerpo maltrecho, para los demás y para mi tu apariencia es la de un hada azul, tu obligación será seducir a todo aquel que se acerque al obelisco de los diez deseos, por cada deseo, restaras un don, una virtud, que le robarás al iluso y jamás devolverás. Recuerda que tu única compañía seré yo, por eso nada más deberás fidelidad al averno, donde mandarás a esos pobres incautos.

Aquel halcón perdió, su apariencia de demone, y se convirtió en una preciosa damisela, y con esas, volvió a la noche del treinta uno de octubre ,la noche en los que los bendecidos por la pelona vuelven del otro mundo, para molestar a los vivos .La fiesta empezó con unas copas y se convirtió en bacanal , existía la suficiente dispersión para que la pobre Hurí , y Nikita el mensajero de Satán hicieran de las suyas , solo con perder el sentido ,solo con perder un poquito la consciencia, solo eso faltaba ,para que la noche tornara jugosa para los dioses del averno.

Dieron las doce y los vivos se confundían con las ánimas y Yuri el hada azul vendía sus besos a la causa, mientras Nikita seducía con su ambigüedad a hombres y mujeres de los que le extraía el alma y toda su sangre a modo de tributo a Belcebú.

Yuri se detuvo ante la gente, y observó meticulosamente la imagen de un crío de quince años, el chico la vio lo suficientemente llamativa, para largarse con ella .Esta lo llevó al bosque lo sentó delante del obelisco, y le vendo los ojos, iba seduciéndolo con sus manos poco a poco, tramo a tramo, mientras el desvirtuaba su inocencia y de su boca salían millares de moscas que terminaron envolviendo su cuerpo, el chico cedió su inocencia el segundo paso sería aceptar su sino.

Libido, conciencia o el legado de su existencia, todas estas palabras galimatías para ella, rondaban la parcela, de poca conciencia humana, que le había quedado tras su pacto con Satán, ¡un niño por Dios santo! , un niño en manos del Dios de los proscritos, lo siguiente sacrificarlo, para que, para aumentar mas la desdicha que me acompaña jamás

recuperare mi cuerpo, la daga debo clavármela yo, en fin, lo que me llevó a esto fue el amor y no el deseo debo contenerme, y usar la poca conciencia que me sostiene, para no enviar a ese pobre chico de donde yo no puedo volver.

Yuri el hada azul ,se clavó en el pecho la daga , y aunque el niño estaba muerto impidió que su alma llegara al averno , a todo esto Nikita le saco la daga y la beso como ave diciéndole lo siguiente : las sabanas de Satán nos unieron y un extraño sentimiento me confunde , ¡dios yo no soy humano que me pasa ¡, devenga los siglos contamine el polvo mi corazón yo llamado entre los mortales Nikita seré por siempre tuyo aunque ni yo mismo lo comprenda.

{tab=Castigo}

Autor: Carmen Rosa Signes

Nacionalidad: España

No logro borrar los recuerdos desagradables de la escuela. Cuando me encuentro con mis compañeros de antaño tan sólo puedo asentir a sus afirmaciones jocosas de un colegio que parece distinto al que yo viví. Trozos de mi memoria perdidos junto a la visión del oscuro pasaje que comunicaba las aulas, se atropellan con las de esa otra realidad. Don Gervasio decía que tenía el don de sacarle de sus casillas. Siempre era yo el amonestado, el caneeado y expulsado, aunque el ruido, la risa o los insultos salieran desde la otra punta del aula.

-Pero yo no fui... –musitaba.

-¡No repliques! –Decía mientras me alaba de las orejas o el pelo hasta el pasillo.

Salvo el volar de los insectos, el silencio era tan profundo que me hacía caer en lo más recóndito de mis miedos; el tiempo parecía detenerse; la luz desaparecía; tan sólo el sonido del timbre del recreo me sacaba el tiempo suficiente como para deleitarme con las niñas de quinto.

Al principio me fascinaba verlas descender por las escaleras tan ordenadas, con las bolsitas del almuerzo colgando y sus lazos coloridos y largos, hasta que algo sucedió. Las nubes, en su ingrátido vuelo, escondían un sol cada vez más escaso, sumiendo en negro los espacios; un momento antes había reclamado mi atención un gran lazo violeta, seguido de otro verde, y luego otro rojo que, en su balanceo, jugueteaba con el pelo.

Las siluetas proyectadas de las mocitas cambiaban con la intensidad del sol, hasta su desaparición; las niñas dejaron de verse y la luz irrumpió con fuerza anunciando tormenta.

Sentí alivio. Creía que la oscuridad era mi peor enemigo hasta la imprevista visita de aquellas sombras desaparecidas momentos antes de que abandonaran a sus dueñas. Inalterables, no podría asegurar si subían o bajaban, no tenía forma de huir, debía esperar que aquel mal sueño terminara, cerré los ojos y me abstraí de mi impropia imaginación. Pero al abrirlos, aún estaban tapizando los fondos, invitándome a seguir las.

Subían, bajaban,…, bajaban. Negras, grises, borrosas formas perturbadoras. Sonó el timbre, abrí los ojos y ahí estaban de nuevo, colores radiantes en sus lazos y bellas siluetas de gentiles pasos ordenados que ascendían.

Nunca volví a verlas, también he de confesar que intenté librarme de aquel castigo, pero siempre me quedó en la mente la misma pregunta, ¿qué hubiera sucedido de haber marchado con ellas?

{tab=El niño del cuadro}

Autor: Manuel Güell

Nacionalidad: Español

Otra vez.

La misma pesadilla.

El interminable y oscuro pasillo por el que voy andando, tanteando con mis manos sus paredes aterciopeladas y negras.

Y una luz que se ve al final, pero que a cada paso que doy me da la impresión que se aleja.

Mi corazón late fuerte, bombeando tanta sangre que noto las venas de mi cuello como se inflan y desinflan a un monótono ritmo acelerado. Sólo escucho mis latidos que bombean y retumban a mí alrededor.

El seseo de mis pasos vacilantes, avanzando cautelosamente, arrastrando sobre lo que me parece una alfombra, tan apelmazada que podría encender mistos en ella. Y esa respiración fría y atropellada que es la mía, pero que podría no serlo. Podría no ser la única persona que se encuentra en aquél lóbrego pasillo. Noto frío en mi nuca. Va y viene. Como si me estuvieran siguiendo tan cerca que podría notar el hedor de su aliento.

Escucho un ruido a mi espalda. Me giro. Mis ojos no se han acostumbrado aún a la oscuridad. Busco desesperadamente alguna sombra que se mueva por las demás sombras que se ocultan entre la oscuridad del angosto pasaje. Pero todo está negro. Sobre mi cabeza suena el estridente reloj, marcando con fuerza las campanadas de la media noche. Luego escucho las mismas risas, los mismos pasos, el mismo sonido metálico y chirriante de algo que rueda y se acerca a mí.

Otros pasos, éstos más ligeros, que se acercan correteando y pasan por mi lado haciendo mover el aire, que se me antoja más frío que el de la nuca. Y esas malditas risas de infantes que resuenan por un lado y el otro del lugar, justo cuando las campanas no dejan más que un hilo del mismo tono que se aleja hasta el infinito.

La luz del final del pasillo desaparece. Me asusto y corro con los brazos hacia delante, rezando no toparme con nada antes de tocarlo con mis manos. Mis pasos redoblan por las paredes y se multiplican en cien mil pasos más. Cuando me detengo, los demás continúan corriendo hasta que un ruido ensordecedor sume a la penumbra en un silencio absoluto. Entonces es cuando se abre ante mí esa maldita puerta; una y otra vez en cada una de las pesadillas. La habitación que guarda está casi tan oscura como el pasillo, pero un resplandor se cuelga por la rendija de las persianas. Y allí veo de nuevo el cuadro del niño horrorizado.

Camino hasta colocarme en frente y lo miro con atención.

Es la misma habitación, las mismas tonalidades grisáceas, el mismo destello que se cuelga por la misma ventana del mismo lado. Pero su cara… ¿Qué es lo que quería decir con esa expresión?

Sus manos apoyadas en las mejillas y los ojos abiertos mirando sobre mi hombro. La boca parece que tiemble y que me quiera gritar horrorizado. Me digo a mí mismo que es una pintura, que es inerte.

Pero cada vez que le miro la boca tengo la sensación que balbucea algo que intenta decirme en voz alta.

Intenta avisarme de algo. Ese es siempre el momento que vuelvo a escuchar las risas del niño a mis espaldas, justo cuando alguien, o algo, tira de mis pantalones para llamarme la atención, detrás de mí. Al girarme…

Al girarme, despierto sobresaltado sumido en un sudor tan frío como el que noto en la pesadilla; el que me roza el pescuezo como las mismas manos de un muerto.

No puedo más. Desde que lo he visto esta mañana que no puedo quitármelo de la cabeza. Y ahora esto. Llevo así toda la noche, sin pegar ojo y van a dar las cuatro de la madrugada. Debo ver qué es lo que pasa con el maldito cuadro.

Salgo de la habitación y subo las escaleras que hay frente a la puerta. A cada paso que avanzo el frío se agudiza levemente, aunque lo percibo.

Al llegar arriba veo el mismo pasillo sumido en la misma penumbra. No me lo puedo creer. Nunca he aceptado estas necesidades. Me toco el pulso y veo que es normal. Doy el primer paso y avanzo decidido a cruzar el maldito pasillo, pase lo que pase. A los pocos pasos debo estirar el brazo para poder tantear por donde me guío.

Escucho risas, paranoias de mi cabeza.

Oigo pasos, se me antoja la madera aquejumbada.

El chirrido metálico fluye por el aire al igual que el frío, que seguramente se cuelga por alguna de las ventanas mal cerradas, como el ruido, que debe provenir de la calle. Aunque, ahora que pienso, estoy en medio de un campo, ¿Qué sonidos se escuchan en medio de la nada a las cuatro de la mañana?

Me toco el pulso de nuevo y lo noto algo acelerado. Me río y continúo hacia delante.

Al fin llego a la puerta y ésta no se abre. Como una explosión, las campanas del reloj retumban por las paredes. Una, dos, tres, cuatro… ¿cinco?

Esto no me gusta… ¿Doce?

El pulso se me dispara y abro la puerta de una embestida. Allí está ese maldito cuadro con el niño pintado en él, y la claridad que penetra por la rendija enfocando la obra con su luz, de soslayo.

Me acerco y le miro desafiante.

Para mi sorpresa, el niño no está a punto de gritar, ni tiene las manos en la cara ni los ojos desorbitados mirando más allá de mi hombro.

Me mira a mí, directo a los ojos; y me sonrío pícaramente. Escucho risas a mi espalda; las risas de los infantes.

Y sus pasos que se acercan y alejan corriendo. Y mi pulso que va tan deprisa como en el sueño, o más aún.

Entonces la puerta se cierra de golpe con un desagradable y fuerte estruendo. Doy un respingo, asustado. “Esto no puede ser cierto”; me digo a mí mismo intentando menguar la tensión del momento.

Me giro a ver la puerta y esta está abierta. No entiendo nada. Al darme la vuelta el niño ha desaparecido del cuadro.

De nuevo la respiración fría sobre mi nuca y alguien, o algo, que me tira de los pantalones para que le preste atención.

Vuelvo a girarme y esta vez veo a toda una familia que me está mirando, pero… Me llevo las manos a la cara e intento gritar de miedo.

Entonces quedo paralizado.

–¿Habéis visto qué cuadro tan extraño? –pregunta el niño a su abuelo, tirándole de los pantalones

–. ¿Qué debió pasarle a ese hombre?

Intento gritarles, pero de nada sirve. El lienzo me lo impide.

{/tabs}

{tab=El reloj del buhonero}

Autor: Zara Patricia Mora

Nacionalidad: España

A veces es preciso, echar marcha atrás para recordar el sentido de nuestro tiempo. Rememorar nuestro pasado quizás pueda ser como desvivir el momento, en nuestros sueños, vivimos la miseria o la riqueza de tediosas o deslumbrantes batallas, que nunca fueron vanas. Lloramos nuestra cobardía y reímos de la nobleza de algunos a quien encontramos por el camino, aquellos que en algún momento de nuestras vidas, nos tiraron una soga para desligarnos de otras cuerdas que nos atrapaban.

Ese es el caso, de la historia de Minerva, Jeremías y aquel extraño buhonero.

Corrían los tiempos del can-can, Minerva era una princesa a los ojos de Jeremías. Él era corresponsal de un periodicucho de la ciudad, cosa que le hacía enorgullecer. Ella era la mayor de siete hermanos, era orgullosa y de paso firme. Sus devaneos con los chicos de la ciudad, a oídos de la gente, le hacían parecer vulgar.

Sobre todas las cosas, lo que más escandalizaba a la mujer de la ciudad, era el Buggy-Buggy al piano, que le hacía parecer fácil y algo masculina, desde pequeña frecuentó casi todos los tahúres de la ciudad, clubes y festejos no se le escapaban.

Cada tres años una feria se instalaba en la ciudad, y era de suponer que aquellos dos desconocidos fueran encontrarse. Aquel en busca de la noticia y ella en busca de otro tipo de historias. Era una oportunidad de oro para que el destino hiciera de las suyas.

Al atardecer se iluminaban las tiendas y tenderetes en torno a la gente que poblaba aquel lugar, los bares quintuplicaban sus ingresos y la gente en cierto modo se olvidaba de sus problemas, la música llegaba hasta el corazón de sus habitantes y por un día olvidaban sus prejuicios.

Aquella sí, era la noche de Minerva, su risa conservaba el frescor que la caracterizaba y sus ojos centelleantes buscaban a alguien diferente, alguien especial, recorría las charlas de los hombres aburridos de aquella ciudad, para ella los banqueros y políticos eran solo: - los polichinelas del sistema.

Mientras Minerva buscaba cosas especiales entre un mundo, muy pero que muy vulgar.

El muchacho, hablaba con el buhonero, que entre sus cacharros inservibles tenía una pequeña gramola. Este le regateo, hasta que puso la vista en un pequeño reloj solar del que eso sí, el tendero no se quiso desprender, le hizo saber que cual caminante, en él encontró cobijo, descanso para sus penas y a la mujer de su vida, su única compañera. Al saber esto Jeremías supo que eso, capricho del destino era lo que necesitaba. Y lo robó sin más ni más, pues entendió que así encontraría el amor verdadero.

Encontró a Minerva tras el piano y se lo ofreció, la joven deslumbrada por la belleza de aquel pícaro ladrón y por el enigmático regalo, se paseó y bailó al ritmo de la noche hasta que rendida, dijo al muchacho que le acompañara hasta su casa. Al amanecer observo el reloj, y cuando su amado fue a buscarla los dos se sentaron ante aquel pequeño botín, el reloj lanzó una flecha hacia el corazón de su portadora convirtiéndola en una pequeña pianola.

Jeremías que no tuvo fe en la rectitud, sollozaba mientras observaba,

Que siempre estaría junto a ella, pero como un simple fetiche de buhonero nunca serio realmente suya.

Él que no quiso aceptar las palabras del charlatán aceptaría el paso del tiempo en la más profunda de las soledades, Jeremías se conformó con lo que tanto ansiaba la eternidad junto a una diosa.

Su alma junto con la de él pasaría por entre tranvías y calles abarrotadas. Para recordar lo que pudo ser y no fue. Y para saber donde seguir su camino.

{tab=La casa vieja}

Autor: Galo Silva

Nacionalidad: Ecuador

Cierta noche unos amigos y yo decidimos hacerle una burla al último soltero del grupo en la casa abandonada del barrio. La broma consistía en que una supuesta mujerzuela, que en realidad era su futura esposa, y él, pasaran una increíble noche juntos y solos.

A la mañana siguiente fuimos con el ánimo de saber cómo pasaron los futuros esposos, entramos a averiguarlo. En principio nos llamó la atención la total soledad de la casa, sólo unos pocos muebles viejos había adentro. Llamamos una y otra vez, pero un silencio sepulcral nos respondió; al inicio pensamos que ellos estaban burlándose de nosotros, fuimos hasta la casa de Pedro, el novio; allí nos dijeron que no sabían nada de él. Inquietos llegamos a casa de Ana, la novia, pero tampoco sabían nada de ella. Las cosas ahora habían tomado otro rumbo, los parientes empezaron a preocuparse por la ausencia de los muchachos. Buscamos en todas partes, pero el resultado fue vano. Muy pronto todo el asunto se volvió una pesadilla, ahora teníamos a dos personas desaparecidas.

Los padres de Pedro y Ana empezaron con las investigaciones, el grupo de los tres amigos de Pedro fuimos los sospechosos principales. La justicia nos inculpó y fuimos a parar a prisión, Alex y José recibieron ocho años por complicidad, mientras que a mi me encerraron por veinte años, por ser el precursor de la fatal broma.

Cumplí mi larga condena, cuando salí, quise reencontrarme con mis amigos, pero para mi sorpresa me enteré que Alex había enloquecido, le habían enviado a un manicomio; en cambio José había tomado la fatal decisión de suicidarse meses después de salir. Los familiares de Alex me dijeron que el pobre hombre se había vuelto loco después de una extraña conversación que tuvo con el difunto José. No podía creer lo que estaba escuchando, así que sin pensarlo fui hacia el manicomio y me entrevisté con Alex. En principio el pobre orate estaba irreconocible, había envejecido mucho más que yo, sus ojos tenían una expresión de tristeza y de total abandono; los enfermeros me habían dicho que era muy violento, sobre todo en las noches, en una pequeña sala del manicomio nos reencontramos, al saludarle no me reconoció, pero al insistirle que era yo el que le venía a visitar, me recibió con un gran abrazo, su mirada se llenó de vitalidad, quizá ese fue su único momento de lucidez, al preguntarle qué le había pasado, me dijo sereno.

- La casa amigo... la casa. Ella es la culpable de lo que me pasó a mí y al pobre José.

Después de decirme eso, empezó a hablar incoherencias, con el corazón lleno de pesar salí del manicomio. Aquellas palabras no dejaban de retumbarme en mi interior.

Cierto día a mis manos llegó un periódico con la noticia acerca de la extraña desaparición de un pobre indigente dentro de

una casa, la novedad no era la desaparición como tal, lo extraño era que se había producido en la misma casa en la que veinte años atrás desaparecieron mis amigos. Decidido, me dirigí hasta la estación policial para enterarme bien de los sucesos, un policía me atendió, pero su información fue por demás ambigua, sólo se sabía que un indigente a pesar de las advertencias de no ingresar entró, pero jamás volvió a salir.

Decidido, me armé con una linterna y una pequeña Biblia, y con mucho valor y coraje entré en la casa vieja esa noche. Nadie sabía en lo que me hallaba. La puerta estaba como siempre, vieja y destartada; adentro la oscuridad reinaba, mi linterna tímidamente alumbraba los rincones de la casa, una sensación de soledad inundó mis sentidos, había un ambiente fantasmal, tomé mi pequeña Biblia y empecé a recitar el salmo 23 a viva voz. Cada paso que daba se me volvía pesado y eterno, la lucecilla brillaba con perfección absoluta, cada vez que alumbraba sentía como un zarpazo de luz ahuyentaba mis temores, la primera planta la recorrí sin ningún problema, decidí entonces subir al segundo piso, cada escalón que ascendía daba un extraño y doloroso lamento, una vez arriba, me ubiqué en el centro del pasillo que llevaba hasta las demás habitaciones; fue en ese momento que me sentí abatido por un pesar muy difícil de describir, un escalofrío comenzó a recorrer todo mi cuerpo, un escozor de vívido temor me traspasó mi espina dorsal, por unos segundos me quedé inmóvil, sentía la presencia de algo o de alguien, mi linterna empezó a parpadear inexplicablemente, en ese momento se me había olvidado todo tipo de rezo, oración e invocación a cualquier ser divino. Solté mi Biblia, un glacial frío arropó de manera inexplicable las paredes, tras de mí sentí una presencia, una voz apesadumbrada me dijo.

- ¿A qué has venido...?

Ese murmullo a la vez que se sentía lejano era perfectamente audible y macabro.

Aterrorizado sólo atiné a alumbrar en mi hombro, un sutil soplo revolvió mi cabello, giré muy rápido, pero tras de mí estaba aquella escalera larga y cansada que había coronado hace un rato. Volví a girar, al alumbrar hacia el fondo divisé una escuálida sombra que presurosa se perdía por una pared, decidí avanzar, mi linterna apenas escupía luz, sin embargo seguí. Me encontré con una puerta. Giré la perilla, al entrar, percibí como una sombra huía de mi presencia, me sentía muy atemorizado, en aquel cuarto pude sentir una infinita sensación de dolor y tristeza, incluso el dolor de la agonía; sudaba a mares, yo estaba consciente que ya no podría salir de allí, después de unos segundos divisé a dos espectros que amenazantes se posaron no muy lejos de mí, la linterna ya casi no alumbraba, me armé de valor y avancé hacia ellos, evidentemente se trataba de Ana y Pedro, pero necesitaba cerciorarme. En el oscuro pasillo, ya casi sin mi luz, me hallé con otro espectro que estaba parado al fondo, pero no era etéreo, puedo asegurarlo; un halo de áspera luz lo rodeaba, aunque estaba lejos de mí era fácil describirlo, levitaba y estaba totalmente desnudo, noté que no tenía pies, su cuerpo era muy parecido a lo de los demás, pero tenía un atroz color blanquecino, acaso albino; a mis espaldas nuevamente escuché.

- ¿A qué has venido...?

Una alevosa llaga carmesí se posaba sobre la calva cabeza de ese ser, se me iba acercando cada vez más, era tarde para huir, muy tarde... Empapado en mi sudor, y envuelto en mis propias inmundicias, me vi atrapado en mi propio terror, cerré mis ojos y con paciencia esperé, tan sólo esperé.

Sentí como un macabro alarido atravesaba mi cuerpo cual filo de espada, al despertarme y al pasar por una ventana rota, me vi reflejado; tenía una llaga abierta sobre mi cabeza. Al mirarme sin pies, tuve una sensación tan plácida que comencé a vagar por mi nuevo hogar.

{tab=Debajo de la escalera}

Autor: María del Carmen Guzmán

Nacionalidad: España

Crujía el maderamen de las escaleras, oscilaban las baldosas y gritaban las paredes por una mano de pintura. El patio era la única parte de la casa sin necesidad de reparación. Una escalera de mampostería, recubiertos sus laterales de azulejos antiguos y adornada con una hermosa verja de hierro conducía al desván, un cuarto lleno de cachivaches.

Era una casa antigua, muy antigua. Se comentaba que había sido habitada por una mujer y su hijo y que éste desapareció en la guerra civil española, allá por el año 1936. La madre, cuando le preguntaban, decía no saber el paradero de su hijo. Los meses pasaron, y antes de que terminara la contienda y antes de que el hijo regresara, la madre murió.

Ahora, sesenta años más tarde, otra mujer ha adquirido la vieja casona. Por las noches, las ratas campean por su respeto en la buhardilla. Para la dueña de la casa, no son ratas, sino humanos, los gritos en el patio tampoco son gatos, y el ser extraño a los pies de su cama, pálido y envuelto en jirones…
“Por favor: dile a mi madre que me saque de aquí. La guerra ya ha terminado.”

A la mañana siguiente la despierta un crujido en el patio.

Los azulejos de la escalera se esparcen por el suelo en mil pedazos, y en la pared, una grieta por donde se escapa un intenso olor a humedad. No tiene necesidad de un gran esfuerzo para abrir una brecha.

Un esqueleto envuelto en jirones yace en medio de perolas y restos de platos. En un rincón, un periódico amarillento en el que aún se puede leer la fecha: 20 de Agosto de 1937.

{tab=El interregional}

Autor: Juan Carlos Aguilera

Nacionalidad:

En la oficina había lidiado desde temprano con una y otra contrariedad. No hace falta decir más: la acostumbrada jornada de oficina. Deseaba tan sólo llegar a casa.

Corrí lo más rápido que pude. Diminuto ser en movimiento bajo las bóvedas monumentales de la Estación Central. Perder el último interregional equivalía a vagar una hora por la estación, husmeando insatisfecho las portadas de diarios y revistas expuestas de los kioscos hasta la próxima partida, visitar al menos una vez los sórdidos baños. Ante todo, significaba postergar tristemente la intimidad y la sencillez acogedora de mi casa.

Con fortuna alcancé la baranda del tren. Mi pie se posó como una garra felina sobre el peldaño del vagón de cola. Subí de un salto las escaleras, tambaleando me zambullí en el corredor del furgón y busqué un puesto libre donde desparramarme junto a la ventanilla. Es mi preferencia ver pasar el afuera en reposo silencioso, sólo conmigo mismo ante el horizonte. Me quité el abrigo y acomodé mis cosas. Al rato ya echaba un vistazo triunfal sobre la llanura. Continué durante unos kilómetros impasible ante el panorama. El débil velo de la noche, al caer, me devolvía mi reflejo pensativo y misterioso. Era inevitable no percibir en el vidrio, superpuestas al horizonte, las graves líneas de mi rostro.

-Qué golpeado estoy-(pensé)- Aquellos lineamientos curvos de inflexión negativa en torno a mis ojos, expresaban efectivamente mi fatiga. - Los pesares hay que disimularlos- (me dije a mi mismo) - ¿pero cómo?- E inmóvil proseguí junto al vidrio de la ventanilla sin saber responder.

El tren había dejado atrás la metrópolis, se internaba de a poco en el campo. De pronto, por el vidrio del corredor me pareció percibir un reflejo pasar velozmente. Era el revisor que había comenzado su ronda, llevaba prisa. Palpé mi abrigo. Un bono me ponía a salvo de apuros y olvidos por un mes. De nuevo, otro revisor volvió a pasar frente a mi compartimiento, iba en sentido contrario esta vez, con un vozarrón inoportuno lo escuché anunciar:

-Los señores pasajeros tengan la gentileza de abandonar sus corazones sobre el asiento. Mi colega pasará a recogerlos.

Una sonrisa involuntaria se me escapó.

- Este tipo es un comediante -(pensé)-los revisores de tren no pueden menos que divertirse, si realmente saben apreciar los privilegios de su labor. Viajes gratis en primera, los trescientos sesenta y cinco días del año por todo el país, con los ferrocarriles estatales.

El tren había partido sin retraso y a medida que nos alejábamos avanzaba gradualmente hasta alcanzar una velocidad sostenida y estrepitosa. Me agradaba la marcha y disfrutaba del viaje; llegaríamos pronto. Afuera el horizonte terminaba de oscurecerse tras el vidrio y me sorprendió de pronto una idea: ¿dónde estoy yendo?

Acercándonos a la primera estación, el tren disminuyó la marcha. Ví pasar por el corredor dos personas. Sin alcanzar a prestar atención a la primera, la segunda pasó tan lentamente que me sirvió para verla en detalle. Al parecer se trataba de una persona ciega. El semblante extremadamente pálido de aquel individuo me causó una fuerte impresión.

Extrañamente no llevaba puestas las gafas, ni se ayudaba con un bastón flexible. Los huecos que contenían sus globos oculares estaban vacíos. Al contrario de lo que normalmente sucede con los ciegos, el párpado no se había rehundido para recubrir la cavidad. Daba esto al rostro el aspecto de una máscara. Su cara era una superficie blanca con dos hoyos. Era un hombre alto, vestido de pantalón y chaqueta blanca que llevaba en su mano un elegante portafolio de novillo marrón. Avanzaba con precaución, la vista en alto, anteponiendo su brazo derecho.

Tras el espanto, me causó cierta compasión el verlo alejarse caminando detrás de su compañero, que con actitud impaciente iba adelante de él y no lo esperaba.

Tras haber descendido recorrieron el andén. El primero de ellos llevaba su mano derecha sobre el pecho, caminaba con paso presuroso, con aire resignado y sin detenerse. El ciego lo seguía. Cruzaron el hall de la estación y desaparecieron en la noche.

El interregional prosiguió. Yo estuve pensativo unos minutos memorando aquel personaje ciego. Luego busqué distraerme observando la noche que se había vuelto más profunda y oscura sobre la planicie.

Evadía cada tanto mi nítido rostro, ruinoso y cansado sobre el vidrio. La máquina recuperó nuevamente su máxima velocidad y fueron quedando atrás otros parajes en pocos minutos. No se oía otro rumor que el tan-tan incesante de las ruedas al pasar sobre la junta de los rieles, era un martillo distante y adormecedor. Entonces, hipnotizado por la velocidad y adormilado por el vaivén, tuve la impresión de ir solo en aquel tren. Como aquella ocurrencia me intranquilizaba no perdí la oportunidad de comprobarlo. Abrí la puerta del compartimiento y asomé la cabeza sobre el pasillo. No ví a nadie.

En eso se oyó el declinar de la marcha y el brusco freno de las ruedas. Olor a caucho quemado llegó hasta mis narices. El vagón quedó en silencio repentinamente y sentí al revisor venir por el pasillo a toda prisa. ¿Estábamos llegando?

Por las dudas palpé entre mis ropas, deslizando la mano dentro la chaqueta busqué el bono. De golpe se abrió la puerta del compartimiento. En el umbral de la puerta distinguí la figura de un hombre de uniforme, permanecía inmóvil, de pie ante mí. Antes de que pudiera hablar y sin molestarme en dirigirle una mirada, le extendí el billete. Acto seguido, preparándome para descender, intenté ponerme de pie. El revisor se adelantó sorpresivamente y me dió un empujón. El impacto fue fulminante y quedé casi enterrado en el asiento. El golpe terrible y absurdo en el pecho me cegó. Aturdido por el dolor entreabrí los ojos, bastante confuso alcé la vista. Mi agresor escondía el rostro tras una sonriente careta blanca de plástico, de las que suelen usar los niños en las fiestas. Resultaba grotesca pues era más pequeña que su cara. Al costado de su cuerpo colgaba su brazo con el puño cerrado y la mano ensangrentada. Se mantuvo de pie ante mí un par de minutos, luego desapareció rápidamente como había venido. Entonces me percaté del hueco alevoso en mi

pecho.

El tren continuaba detenido a escaso metros de la estación. La gravedad de mi abandono en aquel compartimiento me obligó a reaccionar. Decidido me alcé tembloroso y recorrí el pasillo del vagón. Me gobernaba una angustia sin horizontes. Bajo mi mano latía el dolor de la herida y descendí del tren cubriéndome el pecho.

Quería llegar a casa, no podía pensar otra cosa. Sorteé un tramo de la vía entre la fantasmagórica neblina hasta llegar a la estación. Tomé por la calle posterior a la entrada como otras veces. Al llegar al puente lo atravesé cabizbajo, por debajo pasaban grises las aguas tumultuosas.

Aquel regreso tenía algo de definitivo, no como cualquier otro. Me eran ajenos sus contornos. Al llegar a la esquina todo era neblina. En la calle no había un alma.

{/tabs}